

LO QUE IMPORTA ES LA VIDA Y NO SUS EXTREMOS *

P. Hugo

Esta frase la leí una vez en una de las tiras de Mafalda de Quino. Dicha frase encierra la profunda sabiduría de los sencillos: nosotros hacemos atención a los extremos de la vida —nacimiento y muerte— antes que el mismo devenir de la vida.

La vida que nace llena de alegría a muchos hogares que esperan el advenimiento de un niño. Este acontecimiento se lo prepara con mucha solicitud. El nacer de alguien exige atención, exige una constante preocupación porque la vida aparece frágil, la vida viene llena de debilidades, la vida siempre comienza niña.

El nacer trae, sin embargo, muchos interrogantes: ¿qué será el niño? ¿qué mundo le espera? ¿podrá sobrevivir ante las innumerables amenazas que le esperan? ¿cuál será su destino? Este extremo de la vida cuesta mucho: preocupaciones, incertidumbres, espera, paciencia y nunca falta el dolor, el sufrimiento.

Pero ya nos hemos acostumbrado a ver que la gente se muera y se la entierre. La muerte es una realidad tan misteriosa que su silencio es más elocuente que cualquier cátedra humana: ¿qué es la vida? ¿por qué la muerte? ¿por qué precisamente esta muerte? y después de la muerte ¿qué?

Muchos pensadores han querido buscar razones explicativas a estos dos grandes misterios que constituyen los «extremos de la vida». Ingenuamente podríamos decir: qué importa si venimos por generación espontánea, por evolución de la cigüeña o del repollo de col, como dice Mafalda; qué importa si la muerte viene por un paro cardiocirculatorio, por embolia, o si la muerte termina con el hombre o le abre una nueva esperanza. Al margen de estas inquietudes y de estos interrogantes la vida y la muerte se dan ajenos a nuestra voluntad. No es nuestra decisión el nacer y morir.

Es aquí, cuando la frase leída que «lo que importa es la vida y no sus extremos» adquiere una fuerza nueva y real. Es verdad lo que debe importarnos es precisamente «ese aspecto vital entre estos dos extremos» que se le llama vida.

La vida es algo que ha sido puesto en nuestras manos bajo nuestra única responsabilidad. El don preciado de la vida se convierte en la tarea de todo hombre consciente, en una tarea permanente, en una tarea de gran responsabilidad, pero está tan estropeada la vida que nos pone serias dudas sobre la valoración de la misma. ¿Qué está pasando que lo que menos nos importa es la vida?

Yo creo descubrir en todos nosotros tres posturas fundamentales: la de la indiferencia, la de la angustia y la del compromiso.

Muchos somos indiferentes ante el hecho de la vida. La arrastramos como un peso que se nos ha dado, las desperdiciamos porque en el fondo no valoramos, o simplemente la dejamos que pase, esperando su final. La vida para el hombre indiferente es un hecho más de su existencia. La vida y su devenir histórico es

algo sin sentido, es algo absurdo. La existencia y la vida son castigo al hombre, quien tiene que soportar algo no querido ni pedido. El existencialismo moderno acentuado la dimensión dolorosa, absurda, angustiosa de la vida. La respuesta es la desilusión, la búsqueda de la felicidad a lo que dé lugar, o lo más sencillo, el suicidio.

Muchos en cambio han tomado el camino del compromiso: la vida lleva al hombre a descubrir en ella sus grandes valores de entusiasmo, alegría, sencillez, amor al compromiso de la vida. Se siente con el deber de transmitir, de fomentar la vida, de respetar todo aquello que tiene gérmenes de vida. Se siente con el deber de transmitir la vida. Sólo aquel que se compromete con la vida descubre que Dios, que el hombre, que la naturaleza, tienen un sentido, tienen un valor y adquieren una razón misma para la vida.

Quisiera que usted, amigo lector, antes que preocuparse por los extremos de la vida, se preocupe y adquiere una postura clara frente al hecho de la vida. Al final lo que importa no es tanto el haber nacido, ni el morir, porque son hechos ajenos de nuestra voluntad, sino el haber «sabido vivir».

* *Mensajes Juveniles I*, 1983, pp. 9-10